



¿Quiénes son los intelectuales que hoy debaten en los medios?

JAIME CLARA.

Por Luis Vidal Giorgi y Gerardo Mantero

Jaime Clara es periodista, caricaturista, licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay y

docente universitario.

Hace ocho años conduce un programa de siete horas de duración en las mañanas de los sábados. «Sábado Sarandí» es un espacio creado para que los hacedores culturales puedan difundir su trabajo, desde la óptica de un comunicador que posterga su opinión y sus gustos personales a favor de privilegiar el acceso a los bienes culturales, y de incentivar el debate de ideas como forma de contribuir a la construcción permanente del entramado social.

Gerardo Mantero - Luis Vidal Giorgi

-En esta campaña electoral se dio como en ninguna otra lo que Sandino Nuñez llama «democracia mediática», donde priman más las encuestas, los gestos, el marketing, lo que dificulta el debate de ideas y de propuestas. ¿Eso tiene que ver con un síntoma cultural? ¿Cómo ves el escenario de esta elección?

-En términos generales, hasta el caso Feldman estaba la cosa más o menos normal dentro de lo que es esta campaña, en la que no se debaten ideas, no se habla mucho de los programas. La ausencia del debate es para mí uno de los temas clave, el cálculo mezquino de temas electorales. No me pareció una campaña ni mejor ni peor que otras. Se decía que era una campaña agresiva cuando salió lo de «Pepe coloquios», o lo de la motosierra o lo de bañar a la gente de los asentamientos. Hay campañas electorales anteriores en las que se acusó de violencia doméstica a un candidato. En términos generales esta campaña no fue peor que otras. Yo creo que la gente primero vota a candidatos, eso es clarísimo, después siguen los partidos. A la larga votamos por ideología, y ya muy,

muy en el fondo, por el programa concreto de gobierno. La oferta mediática refleja eso. Asumo la cuota parte que tenemos los periodistas en reflejar ese tipo de cosas, capaz que los periodistas pecamos también de tener esas mismas prioridades casi que en el mismo orden. No es distinta la realidad política o electoral a la realidad de los medios; y mucho pasa por los medios. Si vos tenés mensajes pobres, campaña pobre, vas a tener medios pobres. Eso, por un lado. Por otro lado, desde el punto de vista cultural, la ausencia del debate muestra una mayor mezquindad: yo debato si voy segundo, pero si voy primero no debato. La gente no reclama, no hace fuerza para que se debata. Y apareció el caso Feldman que dio un pretexto para definitivamente borrar la posibilidad de un debate que venía con mayor fuerza que en elecciones anteriores. Yo creo que el antecedente del último debate de 1994 fue triste. Los periodistas no supimos defender nuestro profesionalismo, y dejamos que un Rector de la Universidad de la República «imparcial» condujera un debate. A santo de qué, si eso lo tiene que hacer un periodista? Dejamos que los dirigentes políticos nos dijeran en la cara que no nos tenían confianza. Después resulta que Brovetto terminó siendo dirigente del FA. Pero el tema no es Brovetto, el tema es el concepto. Podría haber sido Lichtenstein que es colorado. No corresponde. Si hubiera habido debate nos íbamos a enfrentar a ese mismo problema, pero no se dio. La ausencia de debate le impide a la ciudadanía la posibilidad de comparar propuestas y candidatos.

-¿Te parece la única carencia?

-No, claro que no. Antes hablé de una campaña pobre, pero éste es un tema clave. Es más, en la segunda vuelta yo impondría el debate obligatorio por ley. Como votamos nombres, personas o partidos, independientemente de lo que digan, quiero saber hasta dónde se está votando el programa de gobierno del Frente Amplio o del Dr. Lacalle, la propuesta concreta en tanto programa. Es en ese nivel de acercamiento al candidato por la forma y no por el contenido en la que yo veo la pobreza de ese voto ciudadano. Hay igualmente un síntoma muy estimulante, independientemente de los resultados, que es el de los plebiscitos. Se nota que fue un voto pensado el de los plebiscitos. Que no fue lineal. Es decir, si todos hubieran votado lo que decían los dirigentes hubieran ganado los plebiscitos, sin embargo no ganaron.

-Muchos politólogos dicen que la fidelidad a los partidos en Uruguay es realmente muy alta. Hay una identificación partidaria muy grande, aunque la propuesta programática de sus partidos quede muy atrás.

-Sí. Tal vez la excepción haya sido el Partido Colorado en las elecciones pasadas, pero sí, hay mucha fidelidad partidaria.

-Los plebiscitos carecieron de una estrategia mediática, no tuvieron presencia en los medios. Se relativizaría de esta forma el voto pensado, más allá de que muchos observadores y políticos afirman que votarlos en el marco de elecciones nacionales descentró la atención del tema.

-Exacto. Lo que concluyen los patrocinantes de los plebiscitos es que fue un error plebiscitarlos juntamente con las elecciones nacionales. Pero tengo entendido que es un tema constitucional. Eso obviamente atentó contra la discusión de los plebiscitos.

-A propósito del marketing y de la publicidad electoral, temas que tratás en tu libro «En Campaña»: son instrumentos que han crecido mucho y, sin embargo, en ese aspecto se han cometido errores muy graves desde el punto de vista comunicacional en esta campaña. ¿A qué se debe?

-Seguramente a la inexperiencia.

-¿Inexperiencia de Lacalle?

-Desde el punto de vista del marketing sí. Separemos: Yo creo que los errores se cometieron por parte de los dirigentes, que terminan pretendiendo que el entuerto lo arreglen los asesores. Un asesor no le puede aceptar a Lacalle lo de la motosierra o lo de los baños de los asentamientos, y un asesor debe saber que un libro como «Pepe coloquios» está en tal imprenta. Obviamente el Pepe lo sabía pero los asesores no lo sabían. Son errores de campaña, por falta de experiencia, por falta de diálogo entre asesores y dirigentes, que se manejan mucho en base a experiencia personal, al olfato, a la intuición. Pedro Bordaberry, que tiene una visión mucho más moderna en una cantidad de aspectos, tiene el mismo asesor de prensa y propaganda desde que era ministro. Es muy difícil encontrarle un desliz desde ese punto de vista. Mieres también está muy cerca de su asesor. Estos dirigentes se «desmadraron». Es como decía Vernaza acerca de Jorge Batlle: «A Batlle le podés decir muchas cosas pero no te va a dar corte». Días atrás Lacalle tuvo un incidente con el periodista Daniel Castro en Canal 4 por el tema de la copia del spot argentino. Lo destrató al aire y unas horas después el Partido Nacional reconoció el error. Ahí te das cuenta que hay un gran problema en la comunicación interna. Ellos saben que tienen que contar con asesoramiento, pero una vez que lo tenés y lo pagás debés aceptarlo.

En relación al spot copiado de Argentina, a mí me da la sensación que se contratan asesores como si fueran técnicos de fútbol. Es decir, como algo funcionó bien con tal cuadro va a funcionar bien con mi cuadro. Y no necesariamente es así. Tabárez pudo haber puesto a Uruguay en el Mundial con este equipo, pero si se va a dirigir a River argentino capaz que fracasa. Es el mismo técnico pero tiene otra materia prima para trabajar. Acá los dirigentes pecaron de ingenuidad y creyeron que estaba todo resuelto por contratar al tipo que le va bien en otro lado.

-Vos, que sos un hombre de los medios, ¿no crees que de alguna manera los medios también juegan su partido? Por ejemplo, el tratamiento del tema de la violencia en algunos informativos deja entrever cierta manipulación.

-Sí, pero yo eso no lo vincularía con la campaña.

-Se está planteando una nueva ley de radiodifusión donde se trataría de democratizar el acceso a los medios de comunicación. ¿Cómo visualizás estas problemáticas?

-Las reglamentaciones pueden estar bien, o los marcos regulatorios pueden estar bien. El problema es hasta dónde una ley te obliga a determinadas cosas. Ahí es donde a mí me rechina un poco. Lo que se ha manejado en relación a esa ley y a los contenidos pasa mucho por la cantidad de producción nacional. Sin embargo, uno de los puntos que es como la piedra en el zapato tiene que ver con la violencia y la información policial, que son contenidos nacionales. Hay que tener mucho cuidado hasta dónde se mete el cuchillo en el tema contenidos. Yo creo que el tema de los policiales es un recurso muy fácil, sensiblero, es un golpe bajo para buscar un poco más de rating. Pero que la cosa se maneje ya a un nivel legislativo, ahí sí me preocupa.

-Si bien un gran tema es no cuartar la libertad de prensa, otra variable de relevancia a considerar es la incidencia de los medios culturalmente. En la medida que son un bien universal administrado por el Estado, los dueños de los medios son permisarios del Estado y éste tiene que poder incidir.

-Está bien poner en discusión este tema. Yo siento que el Estado no tiene tanto derecho a criticar lo que se está haciendo cuando a través de su propio canal de televisión no está siguiendo esos parámetros. A mí me hubiera gustado que este Estado, a través de Canal 5, nos hubiera mostrado de forma más específica cuál era el modelo que pretendía. En función de eso sí podría sentirse legitimado para decir: éste es el modelo que interesa seguir. Yo siento que este gobierno no tuvo una política de comunicación clara. Y esto fue reconocido por la ministra Simón. Si vos generás dentro de los medios oficiales un modelo que puede ser imitable o hacia el cual desarrollar tu propuesta, me parece bien que luego veas el otro lado. Pero en los medios del Estado, salvo alguna excepción de la radio, no hubo señales claras en materia de comunicación.

-Pero si bien no existió un modelo diseñado previamente, en los hechos se produjeron cambios de importancia con algunos ejemplos a seguir; como animarse a poner al aire un programa de filosofía.

-Sí. No sé en cuanto a la medición de rating, pero sin duda que mejoró, y no sólo desde el punto de vista de la calidad de la pantalla, que es ya un gran logro. El hecho de ver mejor técnicamente el Canal 5 es un gran cambio, sin lugar a dudas. Lo que se invirtió en infraestructura es una maravilla. Yo hablo de la propuesta de contenidos. Por un lado se reclamaba una cantidad de productos nacionales que Canal 5 no tiene. Se llenó de documentales de la BBC. Está fenómeno, no los veríamos de otra manera, pero como discurso es contradictorio. No me gusta que esté el fútbol argentino; no sé si tiene que haber fútbol o no, pero ¿por qué fútbol argentino? En todo caso pongamos fútbol uruguayo.

Para mí ése es el gran programa de Canal 5: «Prohibido Pensar». Ese programa demuestra cómo se debe encarar un programa de televisión con propuestas originales. «Prohibido pensar» es un programa de alta competencia en cualquier televisión del mundo. Yo creo que el cambio se sustanció a partir de la entrada de Claudio Invernizzi. Además, es importante que las cosas que vengan de afuera sean cosas que la TV uruguaya no muestra, porque además Canal 5 tiene la posibilidad por convenios de conseguir programas que acá no podemos ver. Canal 7 (Argentina) tiene un programa cultural que se llama «Refugio a la cultura», que dirige Osvaldo Quiroga y es excelente. Tiene un programa que se llama «Los siete locos», que también es cultural y que también es excelente. Fijate como son las cosas, estaba los domingos a las 5 de la tarde y por la transmisión de fútbol pasó a los domingos a las 2 de la mañana. Yo apostaría a algo más moderno. Algo que está bien, por ejemplo, es lo que se hace con los cortos de las universidades: fueron los únicos que le dieron un espacio a Tournier, que golpeó las puertas del canal durante 3 años y ni siquiera lo atendían; ahora todos los días sale «Tonki».

-Eso marca una diferencia sustancial con el anterior Canal 5, que era bochornoso. El desafío es partir de esta realidad, consolidar una política comunicacional más allá de la impronta de las personas.

-Sin duda. Canal 5 parecía una kermesse. Pero lo importante es que el proyecto Invernizzi

tenga continuidad. Como Invernizzi no va a seguir, sería bueno que lo que venga no sea un proyecto personal sino un proyecto con determinadas características. Pero acá el punto siempre fue personal. ¿Te acordás que cada director nuevo que llegaba le cambiaba el nombre? Fue Canal 5, SODRE, TNU, Tveo. El canal sigue teniendo un gravísimo problema de identidad, y eso Invernizzi lo tiene bastante claro. Es un canal que tiene que competir o que tiene que darle a la gente cosas que generalmente la gente no ve. Ésa es una discusión muy interesante. Vos hacés un canal con una propuesta lo suficientemente original, que realmente sea la otra televisión, o competís. Y ahí yo creo que hay un problema de identidad. ¿Competimos un poquito? Entonces tenemos informativo, nos matamos por tener la última noticia, etcétera. ¿O no competimos en nada y hacemos una televisión que no existe en Uruguay y que realmente puede ser única, con muchos programas con la calidad del de Sandino Núñez? Ésa es una discusión que nos debemos.

-Pero a la larga, si te consolidás como alternativa a la televisión chatarra, seguramente vas a ganar algo de la audiencia que se identifica con la propuesta.

-Sí, debe haber sumado puntos. Pero el tema es: ¿querés competir por el rating o no? Si el canal privado tiene un programa con 10 puntos de rating y el estatal 0,5 o 1 punto... ¿Eso es un fracaso o no lo es? Depende de cómo lo midas, y depende también de las estrategias a mediano plazo. Para consolidar el programa cultural de los sábados yo he estado ocho años. El programa demoró en consolidarse y en ocupar su espacio. Antes teníamos tres directores de Canal 5 por Administración, era muy difícil consolidar un proyecto. Lo mismo pasaba con las radios del SODRE. Si hay un cambio muy grande en una radio del SODRE, ¿qué pasa con la audiencia? ¿No existe o es casi nula? Tampoco creo que se tenga que manejar con ansiedad que las radios del SODRE hoy estén a la cabeza, porque los cambios en comunicación son cambios muy graduales.

-Por más que siempre existieron políticas culturales, la ausencia de las mismas es una política cultural en sí misma. Después de la dictadura hubo un proceso más claro de trabajo en políticas culturales a partir de las problemáticas que nos plantea la contemporaneidad. ¿Cómo analizás este proceso?

-Coincido en que la ausencia de una política cultural es de por sí una política cultural. No creo que haya habido ausencia de una política cultural, creo que siempre hubo. Hoy las políticas culturales están relativamente claras, pero también dependen mucho de las personas. No es lo mismo la administración Mardones, en el MEC, que la administración Brovetto, que la administración Simón. Entonces seguimos dependiendo de las personas y todos quieren marcar su impronta en los tiempos que tiene cada uno. Está muy claro lo que ha hecho cada uno. Creo que el Estado le ha dedicado mucho dinero a la Administración y a los creadores para darles más oportunidades. Creo que los Fondos Concursables han sido una excelente herramienta que hay que mejorar. Ha habido errores muy serios y problemas muy severos. Pero han servido para estimular y generar una cantidad de instancias, eso sin lugar a dudas. Confieso que me ha llamado mucho la atención, visto en perspectiva y con alguna lejanía, cierto enfrentamiento entre lo que son las políticas culturales municipales y las nacionales. Sobre todo siendo dirigidas por el mismo partido. Cuando el partido es uno sólo los lineamientos generales van para el mismo lado. Siento que la IMM no tiene los mismos lineamientos culturales que tiene el MEC. Y eso creo que le ha hecho mucho daño a la política cultural del Frente.

-¿Cuánto hace que conducís tu programa de los sábados?

-El 8 de diciembre se cumplen ocho años.

-En el SODRE hay programas de contenido cultural específico, pero en la radiofonía privada existen pocos ejemplos.

-Yo conozco dos, inclusive anteriores al mío, a los que quiero nombrar porque además soy oyente de ellos. Uno es «Utopía», de Hugo Castillo en CX36, y el otro es «Los archivos de la memoria», de Gustavo Martínez en CX44. Esos son de un formato más o menos parecido a lo que hago yo.

-¿Cuáles son los criterios que has manejado para estructurar tu programa en estos ocho años?

-Bueno, ante la pobreza franciscana de espacios culturales, trato de generar un ámbito en una

radio con una impronta muy fuerte desde el punto de vista cultural. En un programa largo de siete horas, como es éste, trato de que todo lo que interesa desde el punto de vista cultural pase por él. No me interesa la primicia, me interesa darle la oportunidad a los actores culturales de decir lo que tienen para decir. Yo siento que muchas propuestas culturales tienen que ver con eso de «hago lo que a mí me gusta»; entonces, si a mí me gusta el tango, traigo mucha gente de tango; si me gusta el teatro hablo mucho de teatro; y si aborrezco el teatro me dedico a atacar el teatro o lo ignoro. Lo mismo con determinado tipo de libros. Yo intento que todo lo que tenga presencia en el ámbito cultural esté en el programa. Por ejemplo, yo no puedo desconocer el fenómeno de Dan Brown y «El Código da Vinci», entonces la semana pasada estuvo Gandolfo hablando de este fenómeno, pero pegado a eso vienen dos hombres de la cultura con una aventura quijotesca que es una revista de Artes Plásticas. ¿Qué tiene que ver esa revista, «La Pupila», con Dan Brown?. Nada, pero se juntan. Después, pegado, viene una murga joven que hace su primer espectáculo y quiere promocionarse. ¿Y por qué yo no le voy a dar la posibilidad a esos gurises para que se promocionen? ¿Quién soy yo para decirles que no? O a ese escritor o poeta que se paga su edición y no tiene los canales de difusión y que viene a la puerta de la radio, me entrega una carta con su libro y me dice: «Éste es mi libro, me gustaría que lo comentara». ¿Y por qué no? Entonces trato de dar un espacio más o menos razonable a cada una de esas propuestas con la cabeza lo más abierta posible, lo que me ha generado varios contratiempos obviamente. Por ejemplo, ¿por qué le voy a dedicar tiempo a Dan Brown con toda la prensa que tiene? O a este guitarrista que sacó su primer disco, ¿quién lo conoce? O ¿por qué le hacés una nota a un grupo de rock que de repente no te gusta? Yo creo que, sin pretender más de lo que es el programa, trato de hacer un poquito de docencia en el sentido de estar con la cabeza más abierta. El programa padeció las mismas críticas que en su momento padeció el Socio Espectacular por juntar la murga, el Carnaval y el fútbol con la cultura «tradicional».

-Sos uno de los pocos periodistas que hace un relevamiento bastante exhaustivo de la actividad cultural, vas a los estrenos de teatro, seguís todo lo que se publica y tenés una formación en plástica, lo cual te permite cubrir todo el espectro de información cultural. Sin embargo esto no es habitual, los hacedores culturales en muchos casos son entrevistados por periodistas que no conocen ni su obra ni la problemática cultural.

-Algunos colegas de ustedes me plantearon lo mismo y yo no lo había pensado por ese lado. Para bien o para mal, desde los ocho años quiero hacer esto. Fui inclinándome hacia el quehacer cultural por sensibilidad, porque me gusta, porque tuve unos padres que me incentivaron, maestros, una familia muy vinculada a temas culturales. A mí me gusta comunicar. Cuando entré a la Facultad me di cuenta que aparte del periodismo existía la comunicación. No todo era periodismo tradicional. Cuando hacía un dibujo o una caricatura estaba diciendo cosas. Ahí descubrí que la caricatura era un género periodístico. De ahí viene mi pasión por la caricatura, que es una forma de decir cosas como puede ser la radio. Y bueno, ir a los estrenos de teatro, leer los libros antes de hacer la entrevista, ¡es de Perogrullo! Capaz que hay escritores a quienes no entrevisto enseguida. Salió el libro hoy y yo los entrevisto a los tres meses; pero bueno, no se me ocurre hacerlo de otra manera. Lo que me llama la atención es que esto llame la atención. Ahí es donde uno tiene que analizar cuál es el vínculo que tiene con los medios. Si soy fanático de determinado periodista o sigo determinado informativo, le tengo que exigir a este informativo que me dé las cosas lo mejor posible. Si voy a ver una obra de teatro le exijo por pagar la entrada que me dé tiempo de ensayo; una buena obra está bien estudiada, bien ensayada, bien dirigida. No se juntan tres días antes. Otra cosa es que a mí no me interesa opinar, a mí no me interesa mi opinión y no me interesa transmitírsela a la gente. Hay muchos colegas a quienes les gusta escucharse, es un mal que padecen en general algunos periodistas deportivos: importa mucho más lo que yo pienso y no lo que piensa el otro. Hay un mérito que me dan y que me llena de orgullo, pero que también me parece absurdo que sea un mérito en un ambiente que pretende ser profesional, y es que me digan: vos dejás hablar a los entrevistados. A mí no me interesa opinar, puedo haber ido a ver una obra de teatro y aunque no me haya gustado, no lo digo. Capaz que con lo que uno dice está jugando con la vida de esa obra. Hay veces que sí doy mi opinión y digo: «Vayan a verla, está buena, se van a divertir». Si no, no digo nada. Pero creo que la cosa pasa por comunicar, informar todo lo que se pueda y darle la palabra a los creadores. Después, por el hecho de pertenecer a un ambiente cultural, me he manejado tratando de hacer las cosas que he sentido. Tengo un libro

de poesía en Buenos Aires que en una de esas sale acá. Fui al taller de Guillermo Fernández durante mucho tiempo. Él me enseñó a mirar la cultura, no sólo del dibujo, de una manera abierta, democrática, sin preconceptos. Una de las cosas que digo en las clases de periodismo es que el periodismo es uno sólo. Entonces, si uno maneja determinadas técnicas y habilidades de la comunicación puede hacer una revista como la de ustedes, pero también ustedes mañana, si quisieran, con determinadas herramientas profesionales, podían estar dirigiendo un programa agropecuario: simplemente tienen que prepararse para un programa agropecuario, pero el periodismo, la esencia es la misma, ya está. Me defino como comunicador en el sentido de que todo lo que hago lo hago para comunicar cosas. Cuando voy a dar clase hago lo mismo y reconozco que eso es muy vocacional, viene desde niño. Cuando hago co-conducción trato de adaptarme al estilo del colega, como por ejemplo con Puglia. Hago también el programa de Ignacio Álvarez cuando él no está, y no tiene nada que ver lo que yo hago supliendo a Nacho porque el público es otro.

Yo soy fundamentalista en algún tipo de cosas, por ejemplo: no me gusta la música melódica internacional. La odio. Pero he tenido que hacerle notas a cantantes que han venido a dar recitales. Creo que esa cabeza abierta nos hace mucha falta, se peca en muchas oportunidades de cierta intolerancia o soberbia en el ambiente cultural, cosa que le ha hecho mal al propio ambiente cultural.

-A partir de ser un espectador privilegiado de la realidad cultural, ¿cómo analizás los procesos de las distintas disciplinas? Empecemos por el teatro.

-En el caso del teatro yo fui muy crítico en su momento y creo que todavía sigue estando en el «debe». Creo que la Comedia Nacional no le está dando el espacio a los autores nacionales. Ahora quizás mejoró un poco, pero no me gustó, por ejemplo, que cuando asumió Héctor Manuel Vidal la primera obra de autor nacional fue de Paco Espínola y la segunda de Mario Benedetti. Estaban vivos Schinca, Ricardo Prieto, tenés a Sergio Blanco, Manuel Varela, hay muchos autores nacionales vivos para hacer, y hay muchos autores nacionales que ya no están también. Y sin embargo empezó por Paco Espínola y Benedetti, ninguno de los dos es autor de teatro.

-Pero, más allá de la calidad de la gente que nombraste, ¿tenemos una dramaturgia pujante que interprete la realidad actual?

-Me consta que los últimos premios de dramaturgia del MEC fueron declarados desiertos. Parece que sí, que hay problemas, ¿pero será que está correcta la conformación del equipo de gente que evalúa esas obras? Por lo que he visto, los que evalúan son los propios realizadores de teatro, actores, directores... Tal vez haya que hacer algo más abierto. Uno habla con autores y dicen: «Yo he presentado obras y nadie las hace». Tal vez haya falta de diálogo entre actores, directores, productores y dramaturgos.

De todos modos hay cosas que a mí me gustan mucho. Por ejemplo, los espectáculos de Moraes y María Pía Sussaeta. Están dando algo que no estaba, un aire nuevo, interesante. Me da la sensación que el teatro hoy está dando «menos línea» que antes y eso está bueno.

-¿Es un teatro menos ideológico?

-Me da la sensación que sí. Lo que no quiere decir que sea menos comprometido. Pero es un teatro más abierto.

-En lo referido a las artes visuales se dio un fenómeno interesante en este período; se suscitaron debates, polémicas, movimientos de los protagonistas que discutieron el papel del Estado, por un lado, y las distintas interpretaciones que nos plantea la realidad del arte universal ¿Cómo has observado este fenómeno?

-Ése es un gran tema ¿Quiénes son los intelectuales que hoy debaten en los medios? Ésa es una demanda que yo hago. El otro día entrevisté a Torres Fierro, que está viviendo en Uruguay, y le pregunté por qué Uruguay no tuvo una revista como «Plural» o como «Vuelta», independientemente que te gustara Octavio Paz o no. Pero sería bueno tener unas páginas para el debate cultural. A mí me gustaría que las entrevistas que ustedes hacen tuvieran su repique en otro medio, porque deben ser de los reportajes culturales más profundos que hay en los medios escritos, salvo algunas excepciones de «Brecha» o de «Voces del Frente». Tengo todas las revistas del Socio Espectacular guardadas por la entrevista, porque hay lineamientos de

políticas culturales desde hace cuatro años, por lo menos. Ese tipo de cosas son necesarias. Y no hay nadie que conteste o que ponga sobre la mesa el debate cultural. La Academia no existe, la UDELAR no existe, las Universidades privadas generan materiales y quedan encerradas en el gueto de la Universidad privada. Los actores del quehacer cultural tienen muy pocos espacios para el debate. Yo trato de dar mi modesto espacio, alguna cosa hizo TV Ciudad con programas como el de Reherman, pero no hay mucho más. No hay oportunidades para un debate cultural que sería realmente muy productivo.

-Es un problema muy serio, porque es la manera como se construye el entramado cultural.

-Por ejemplo, el artículo que publicaron en La Pupila sobre la cumbia villera es una maravilla, y esa discusión a mí me hubiera gustado tenerla en otros ámbitos. Intenté hacer algo en la radio, pero no, son chispazos. Y esa discusión estuvo en los diarios porque García Vigil y Frade titulan lo que pasó con la cumbia villera como un disparate. Y entonces después terminamos discutiendo el «disparate» de García Vigil o el de Frade, cuando lo que está subyacente es un debate mucho más de fondo y no un titular a ocho columnas en un diario. Pero por lo menos estuvo, y eso es lo que yo quiero que haya y es lo que ha faltado.

Faltó en esta Administración y, por supuesto, antes no existía. Antes no estaban tan claros una cantidad de elementos de la vida cultural y ésta era más pobre todavía. Ahora los elementos existen pero no hay actores que discutan. Me gustaría recalcar lo siguiente: desde otra óptica hablamos demasiado desde nosotros, el tema del público es un tema fundamental.

-Ha habido cambios en el comportamiento del público.

-El sábado pasado hablé de que próximamente era el día del cine nacional y alenté a ver y a apoyar la producción nacional. Me empezaron a llegar mensajes diciendo que el cine nacional era aburrido, gris, y mal actuado. Estamos mejor que «El Dirigible» más allá de que a mí me gustó, y estamos mucho mejor que «El lugar del humo», pero sería bueno ver y discutir por qué a la gente no le gustan.

-¿Para vos hay poco consumo de producción nacional, sea cine, teatro...?

-El otro día conté 36 obras en cartel. ¿Cuántas de esas obras llegan a los 10 espectadores? Y yo entiendo que después nos indignemos cuando Calabro llena y entiendo que Denevi diga, muy enojado, que deberían prohibir determinados productos. Es la reacción lógica al ver que una revista porteña llena teatro. Y por algo es. Claro que es por la televisión, pero ésa no es la única causa. Por eso una ley de medios no viene a resolver todo. El cine uruguayo sigue teniendo más espectadores en el exterior que acá. «En la puta vida» sigue siendo la película más vista. ¿Por qué «El baño del Papa» funcionó tan bien? Porque a pesar de su crudeza apeló al humor como no había apelado ninguna otra.

-Entramos en la dicotomía permanente de si el arte tiene que darle al público lo que éste quiere. Te pongo un ejemplo: «Mal día para pescar» es una muy buena película, que además asumió el riesgo de llevar a Onetti al cine, ¿no es ése el papel del arte?

-Y es Onetti, además. Si, yo no digo dar lo que el público quiere, digo que hay que buscar el equilibrio. Todos queremos que nos escuchen, todos queremos que nos vean. Por ejemplo, la gente que me escucha cuando yo le hago la suplencia a Ignacio Álvarez no es la gente que me escucha los sábados. Pero aceptan que yo me adapte a ese programa. Hay que buscar el equilibrio. Yo creo que prima el doble discurso y lo políticamente correcto. Me parece que la gente dice una cosa y actúa otra. Las ficciones no funcionaron con la expectativa que tenían. Yo creo que es un proceso. También hay que ver cuánto han cambiado los hábitos de la gente y el ambiente cultural debería ser consciente. Capaz que funciona mejor una obra a las 7 de la tarde que por la noche. Miraría con más atención la actitud del público, no para darle lo que quiere sino para entender mejor los códigos que maneja hoy.